



CAPÍTULO XXX

Triunfo de los cangrejos

REVOLUCIÓN que no avanza, ha dicho después Payno, es revolución muerta. Y eso pasó con la revolución de Diciembre: los liberales execraban á Comonfort, pero le detestaban más los conservadores. Los unos le echaban en cara que no hubiera podido plantear el juicio de amparo, la división de poderes y la soberanía de los Estados, demostrando de paso que los derechos del hombre son la base y el objeto de las instituciones sociales. Los otros se quejaban de que la inquisición, la horca, la picota y los azotes no estuvieran ya vigentes y en uso.

Diariamente se recibían noticias de complots conservadores ó de conjuraciones liberales; pero el Gobierno dejaba hacer y dejaba pasar sin preocuparse de atajar aquello.

El Palacio estaba vacío, sola la presidencia; pero, en cambio, ¡qué llenos los mentideros y lugares de conversación, donde podían recogerse nuevas y soltarse la sin hueso!

El once de Enero, por la mañana, reventó al fin la bomba y salimos de apuros. Me moví de mi alojamiento en el diez de las Escalerillas, para ir á tomar lenguas á la casa de mi invicto amigo Gordo, cuando me interrumpió el paso un jinete alto, blanco, de nariz aguileña y de buen porte, que montando un caballo melado y empuñando un truculento chafarote, se me dirigió haciendo *santiaguitos*:

— ¡Aquí no se pasa, paisano; Santo Domingo está pronunciado!

No me eran desconocidos aquel rostro rasurado, aquella mirada de hombre altivo y valiente y aquella voz de barítono bien timbrada; pero, sin fijarme, volví grupas hasta *El Puerto de Liverpool*, donde topé con el perínclito propietario urbano, Gordo.

— Mal andamos, amigo; la finquita, ocupada por la soldadesca; Zuloaga, pronunciado en la Ciudadela; San Agustín y Santo Domingo desconociendo al señor Comonfort porque no ha llevado á efecto el plan de Tacubaya, y todo hecho un verdadero campo de Agramante.

— Pero ¿á quién proclaman? ¿qué pretenden? ¿qué sostienen esos pronunciados?

— Unos quieren que el Presidente sea Zuloaga, otros piden las Bases orgánicas, y otros tratan de llamar á Santa Anna.

— ¡Pero no es posible! ¡si Santa Anna está muerto y olvidado!

— No lo está tanto; mire usted esta proclama que se reparte de chitito y con reservas:

«¡¡¡Mexicanos!!! ¡La tremenda hora de la reparación ha sonado! ¡Ay de aquellos que llenaron la medida de la copa con sus iniquidades!... El ilustre caudillo de la Religión santa de nuestros mayores, el genio invencible de la guerra, el restaurador de nuestras venerandas órdenes, en una palabra, el inmortal Santa Anna, está con nosotros. ¿Quién no se conmueve al oír ese nombre tan querido? ¿Quién por indiferente, por egoísta que sea, no siente latir su corazón de noble orgullo al contemplan los bienes de la administración de Su Alteza Serenísima? Recordad, mexicanos, los felices días del año de 54; frescas deben estar en vuestras memorias las glorias de aquella época; comparadlas con las del año que terminó. En aquélla, los impíos, los blasfemos, los ateos, estaban encadenados; el venerable clero, como es justo, en los sillones del Consejo dirigiendo con sabias é inagotables luces á aquel paternal Gobierno...

»Toda la República pide á su salvador; tened fe, haced un pequeño esfuerzo, y el triunfo será vuestro. Militares

valientes, pundonorosos y decididos, se pondrán á vuestra cabeza y os guiarán al campo de la gloria.

»¡Mexicanos! ¡Viva Su Alteza Serenísima! ¡Viva el hombre ilustre, el hombre grande de América, el invicto generalísimo don Antonio López de Santa Anna! ¡Viva nuestra santa Religión y sus ejemplarísimos y virtuosos Príncipes! ¡Mueran los liberales y sus infernales principios!»

— ¡Jesús, hijo de David! dijo el padre Huerta al escuchar aquella prosa chabacana; ya tenemos otra complicación más, otro nuevo pretexto para que esta gente, que parece endemoniada, se mate y se asesine.

Tiempo hacía que no encontraba al padre, y le hallé muy distinto de su estado antiguo. Envejecido, pelado el cráneo, las sienes y las mejillas hundidas, de color cetrino y enfermizo, apenas llevaba encima trozos de hábito, el sombrero de teja se le caía á pedazos y manifestaba en todo una pobreza y sordidez que ponían espanto. Pero lo que sobre todo le daba aspecto raro era el fosforecer de sus ojos, el brillar insólito de su mirada, en que á ratos aparecía, para apagarse de súbito, una lucecilla que indicaba osadía, resolución, propósito de obrar sin reservas.

— Y se dice, apuntó Díaz Covarrubias, que el general Gayoso está en la Ciudadela.

— Y hoy por la tarde llega Osollos, gritó el vozarrón del padre Agredano.

— Hoy por la mañana, dijo Gordoá con voz que le salía del alma, quiso el Presidente entrar á Santo Domingo y le negaron el paso. El padre Miranda, que caracoleaba montado en un *cuaco* melado de mucho poder, se puso frente á frente del señor don Ignacio.

— Cabal, cabal, repliqué; fué el mismo charro con aspecto de cura, que á mí me impidió pasar la bocacalle.

— ¿Y qué fuerzas, preguntó Covarrubias, tiene Comonfort para defenderse?

— Cuenta, contesté, con dos mil hombres, quince piezas de artillería y el Palacio, San Francisco y la Santísima, que deben de permanecerle fieles.

— Parece que Balbontín y otros jefes se han rehusado á pronunciarse. Portilla y don Benito Haro, que mandan las caballerías del Gobierno, recorren la ciudad.

— Comonfort arengó á las tropas y acaba de instalarse en los bajos del Palacio, como en su tienda de campaña, dispuesto á asaltar la Ciudadela.

— El general Zuloaga, que fué á Palacio esta mañana temprano, está preso.

— Ya salió libre; alguien de su familia fué á suplicar á Comonfort que le soltara, y el Presidente dijo que podía marcharse cuando quisiera.

— También Olvera y Juárez están libres; don Isidoro se fugó de acuerdo con Comonfort; don Benito se rehusó á fugarse, y sólo consintió en salir de la prisión si se le

ponía en libertad sin ambages ni rodeos; se marcha al interior y ya debe de haber salido.

— Los que ahora están presos son el padre don Francisco Carbajal y el padre Castillo.

— ¿Cómo presos? rugió Agredano. Ya las pagará todas juntas el pillo de Comonfort si pone la mano en esos cristos.

— ¿Y quién mete á los cristos, preguntó el padre Huerta, á conspirar contra el Gobierno, ni á armar á los ciudadanos unos contra otros?

— ¿Quién? Dios mismo. Él, por boca del apóstol, ha dicho que el campo en que la mies se haya perdido, debe purificarse por el fuego; Él, que destruyó á los amonitas, á los amaescitas, á los amorreos, á los cananeos, á los babilonios y á los madianitas; El, que se llama Dios de justicia; El, que ofreció castigar la iniquidad de los padres hasta la quinta generación, arma el brazo de los buenos para que maten y destruyan.

— No, padre, no ofenda usted al Señor suponiéndolo un Huitzilopochtli sanguinario. Si dando tormento á su palabra santa, logra usted canonizar la violencia y el desafuero, se encuentra con mandamientos clarísimos: *No matarás, ama á tus enemigos, no resistas al malvado*, y estas máximas, no sólo prohíben el asesinato individual, sino los asesinatos organizados que se llaman guerras. No hay diferencia entre el homicidio que comete el ladrón en lo oculto del bosque para despojar al pasajero, y los

homicidios colectivos realizados en el campo de batalla por tropas organizadas, que alcanzan la mentida gloria humana.

— Pero contra el error, cualquiera es juez.

— ¡El error! ¿Y qué es la verdad? Nuestro Maestro, que lo sabía, nunca lo explicó. ¿Quiénes somos nosotros, criaturas débiles é insignificantes, para castigar á otra criatura tan falible, tan pequeña, tan frágil como nosotros? ¿Acaso el ciego castiga á otro ciego, haciéndole cargos porque no ve?

— ¡Oh! pero con esa lógica, padre...

— Con esa lógica serían dichosos los hombres y se realizaría la obra de Dios y no la de Belial.

— Y de Echeagaray, ¿qué se sabe? dijo Juan Díaz interrumpiendo bruscamente á los discutidores.

— ¡Oh! dijo Florencio del Castillo que acababa de añadirse al corro, Echeagaray es el hombre del día en Puebla. No importa que Negrete y Alatraste se hayan coaligado; en favor de don Miguel están todos los poetas del rumbo, y eso ya es bastante para darle el triunfo. Uno suena el *teponaxtle* y le habla de

Las muchas bellezas de ojos ardientes,
De boca encendida y breve cintura,
Que caen á sus plantas, rendidas, candentes,
Pidiendo de amores limosna ó hartura.

Otro dice:

Echeagaray, llegóse tu partida
Y el bello sexo por tu ausencia llora,
Y por ti, pide al Ser que da la vida,
Al que la mar sujeta bramadora.

— Pues más bramadora, exclamó el jalapeño, estuvo aún la musa de otro poetastro, que dice al propio general:

Esta es la era brillante de tu vida,
Insigne Echeagaray, joven valiente;
Tu gloria es inmortal, es eminente.
Cuando rompe tu espada embravecida.
Una constitución soez, prostituída,
Un cuerno de abundancia disolvente,
De la sana moral del inocente
Que de su madre recibe querida.
A quien difundes hoy á mano armada
¡Gloria para ti, soldado de la Cruz!
Gloria á tu valiente y fiel brigada,
Dispuesta con el fusil y el arcabuz
A defender la religión sagrada!

Todos rieron, hasta el torvo padre Huerta, y Covarrubias, animado por el éxito, descerrajó esta

OCTAVA

Dichosa tu mano, ¡oh, Echeagaray!
Que el estandarte del Crucificado
Feliz y fuertemente ha empuñado
Para llevarlo hasta el Paraguay;
Pueblo infeliz, ciego y extraviado
Que su reprobación ve en su último ¡ay!
Feliz tú que en la época presente
A una guerra campal harás frente (1).

— Pues si en vez de llamarse Echeagaray el sujeto de la oración, atina á llamarse Santa Anna, le manda el poeta á conquistar á Ecbatana.

— Y si Comonfort, á introducir orden en la Dieta de Francfort.

Comentábamos el tenesmo poético, que habían desarrollado los acontecimientos políticos, cuando oímos gritos, aclamaciones y vivas. No tardamos en ver á dos jinetes que, pistola en mano y acompañados de dos ayudantes, corrían á galope seguidos de una multitud de gente. Eran Miramón y Osollos que iban á la Ciudadela.

Luego que los vió Zuloaga, les dijo, según cuentan:

— Señores, yo me he pronunciado por el plan de

(1) Estos y otros muchos *versos* se publicaron en *La Libertad y La Religión*, periódico de Puebla, en Enero de 1858.

Tacubaya, que ustedes habrán ya visto, y contra los puros: si están conformes, tomarán parte en el servicio.

Osollos manifestó claramente su adhesión; Miramón nada dijo. El jefe nuevo nombró entonces á Osollos Mayor general y á Miramón jefe de una columna; las músicas y bandas tocaron diana y el público aplaudió. Al saber Osollos su ascenso, dijo á Zuloaga que no podía aceptar la banda, si no se le otorgaba también á su compañero de esfuerzos y fatigas, á Miguel Miramón. Don Felix proveyó de conformidad, y al salir Miguel se dirigió á la casa de don Manuel Lombardo, solicitó hablar á solas con su hija, arrojó á sus pies la insignia ganada tan legítimamente, y le exigió el cumplimiento de su promesa.

Concha vacilaba, pero vencida por la elocuencia de los ojos de Miguel y por la de la palabra de Luis, que fué más tarde á confirmar la solicitud de su amigo, consintió en otorgar su mano al joven caudillo, luego que hubiera terminado la pacificación del interior.



Eran Miramón y Osollos, que corrían á la Ciudadela